



XXVII

Nuestro gran dolor

AL día siguiente, ya muy entrada la noche, quise verla por última vez aun; haciéndome superior á un involuntario sentimiento de miedo, abrí con gran sigilo la puerta del salón y de puntillas entré en la estancia. Allí, en medio de ella, estaba el féretro, sobre una mesa cubierta con un paño y rodeado de cirios encendidos puestos en grandes candeleros de plata. En un rincón de la estancia estaba arrodillado un diácono salmodiando con voz baja y monótona las plegarias de los difuntos.

Me detuve en la puerta y miré, pero estaban tan llenos de lágrimas mis ojos, y mis nervios tan extraordinariamente excitados que no acertaba á distinguir nada con claridad, todo se me confundía de una manera extraña: la luz de los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candeleros, la almohadilla rosa guarnecida con puntas en que descansaba el cadáver su cabeza, la pequeña corona de flores, la cofia con lazos y, en medio de todo esto, *algo* que no sabía lo que fuese, muy diáfano y de un lúgubre color de cera. Me subí á una silla para ver mejor su rostro, pero en el sitio que el rostro debía ocupar, no acertaba á ver sino la misma cosa diáfana y amarillenta. Me puse á considerarlo con mayor atención, y poco á poco fui reconociendo los rasgos para mí tan queridos. Cuando me hube convencido de que *aquello* era efectivamente el rostro de mamá, tembló todo mi sér lleno de un inmenso horror. Por qué aparecen

tan hundidos sus ojos cerrados? Por qué aquella palidez horrorosa, y por qué bajo la piel transparente de una de sus mejillas aparecía aquella horrible mancha oscura? Por qué tan fría y tan severa la expresión de su rostro? Por qué tan pálidos sus labios, y por qué sus pliegues majestuosos expresan tan perfectamente el sosiego del más allá, que una corriente de intensísimo frío recorre todo mi cuerpo y sube hasta mis cabellos, mientras estoy mirándola con fijeza?...

Yo miraba, y mirando sentía que una fuerza inexplicable, invencible, atraía mis miradas sobre aquel rostro sin vida. No apartaba la vista de aquella faz amada, y mientras tanto mi imaginación me iba sugiriendo los cuadros más rientes y más llenos de vida y de felicidad. Llegué á olvidarme de que el cadáver que veía extendido ante mí y que yo miraba estúpidamente como una cosa que nada tuviese de común con mis recuerdos, *era* mi madre precisamente. En aquellos momentos se me representaba en toda clase de gestos y de actitudes, pero siempre viva, alegre, sonriente... Después, sin saber por qué, al fijarme en uno de los pálidos rasgos de su fisonomía sentíme vuelto brutalmente á la realidad, y temblé de nuevo aunque sin dejar de contemplar el cadáver... Y otra vez los ensueños reemplazaron á la realidad, y otra vez la realidad destruyó los ensueños... Finalmente, la imaginación cansada ya de engañarme se aquietó, la conciencia de la realidad desapareció también, y permanecí allí suspenso, olvidado de mí mismo.

No sé cuanto tiempo estuve en ese estado, ni podría ahora definirlo, sé únicamente que durante un cierto espacio de tiempo perdí la noción de mi propia conciencia, gozando de un bienestar sublime, inexpresable, triste...

Tal vez al volar hacia un mundo mejor, su alma bellísima consideraba tristemente aquél en que yo permanecía aun; tal vez veía mi gran dolor, y teniéndome lástima, en alas de su amor, como una celeste sonrisa, bajábase á la tierra para consolarme y bendecirme.

Rechinó agriamente la puerta y entró en la mortuoria cámara un nuevo diácono para reemplazar al que hacía rato estaba allí. Este ruido me sacó de mi ensimismamiento, y la primera idea que se me ocurrió fué que, como ni lloraba ni era de gran desolación mi postura, el diácono podría tomarme por un niño sin corazón que por pura curiosidad se había encaramado en una silla: hice la señal de la cruz, me incliné y rompí á llorar.

Al recordar ahora mis impresiones de entonces, paréceme que aquel instante de profunda inconsciencia constituyó para mí el verdadero dolor. Antes y después del entierro no hice más que

llorar y estuve muy triste; pero hoy casi me da vergüenza recordar aquella mi tristeza, pues estuvo siempre mezclada con un cierto sentimiento de amor propio; sentía á veces el deseo de mostrar que yo estaba más triste que los demás, á veces me preocupaba de la impresión que pudiese mi aspecto producir sobre los otros, al paso que no faltaron momentos en que una curiosidad sin objeto me llevaba á hacer las más fútiles observaciones sobre la cofia de Mimi ó la fisonomía de cualquiera de los presentes. Me enfadaba conmigo mismo que en aquellos momentos pudiese experimentar otra clase de sensaciones que no fuesen la de un inmenso dolor, y me esforzaba en disimular todas las demás; de manera que mi tristeza no fué entonces ni franca ni natural.

Además, sentía una especie de extraño placer al pensar en mi desdicha; me esforzaba por aumentar en mí la conciencia del infortunio que estaba sufriendo y este sentimiento egoísta, más egoísta aun que los demás, ahogaba en mí el verdadero dolor.

Aquella noche dormí profunda y tranquilamente, como sucede siempre después de sufrir una pena muy grande. Al despertarme,



me encontré con que se habían agotado mis lágrimas y mis nervios se habían absolutamente calmado. A las diez me llamaron para asistir al servicio fúnebre que había de celebrarse antes que se llevaran el cadáver. La sala estaba ya llena de criados y de campesinos que, llenos de lágrimas los ojos, venían á despedirse para siempre de su señora. Mientras duró la fúnebre ceremonia, lloré mucho, como era de rigor que llorase, hice con devoción la señal de la cruz y me incliné repetidas veces hasta el suelo; pero no rogué un solo punto con toda el alma, y en el fondo estaba á todo muy indiferente... Lo que más me preocupaba era el traje nuevo que llevaba puesto y que me apretaba muchísimo en el sobaco. Cuidába-

me, sobre todo, de no ensuciarme demasiado los pantalones al ponerme de rodillas, y disimuladamente iba pasando en revista á todos los

asistentes. Papá se había colocado junto á la cabecera del féretro, blanco el rostro como un papel y viéndose que á duras penas podía contener las lágrimas. Destacábase su elevada figura, con su rostro pálido, expresivo, y con sus movimientos siempre elegantes y firmes; hacía la señal de la cruz, inclinábase unas veces hasta tocar la tierra con la mano, otras tomaba el cirio de manos del sacerdote, otras acercábase al féretro y producía siempre un gran efecto; pero, sin saber por qué, á mí me parecía muy mal que papá aparentase en aquellos momentos tan elegante y fino. Mimi se apoyaba en la pared y parecía tener que hacer grandes esfuerzos para aguantarse en pie; llevaba un vestido muy arrugado y no muy limpio, la cofia puesta de través y sus ojos aparecían grandemente rojos é hinchados, vacilante la cabeza y escondiendo con frecuencia el rostro en su pañuelo ó en sus manos... A mí me parecía que se escondía así de los presentes para descansar un instante de sus sollozos poco sinceros. Recordaba en aquellos momentos que el día antes había dicho á nuestro padre que la muerte de mamá era para ella golpe tan terrible que no lo podría soportar, que esa muerte la privaba de todo, que el buen ángel de mamá—así la llamaba siempre—en presencia de la misma muerte no se había olvidado de ella y había expresado el deseo de asegurar su porvenir y el porvenir de Katenka... Y lloraba con ardientes lágrimas mientras decía esto, y quizás era su dolor en parte sincero, pero aún así estoy seguro de que no lo era enteramente.

Lubotchka, toda vestida de negro, no hacía sino llorar terriblemente, tenía baja la cabeza y casi nunca dirigía la mirada hacia el féretro, expresando plenamente su rostro el miedo infantil. Katenka estaba junto á su madre, y aunque en su rostro se pintaba un vivo dolor, nada había perdido de su rosada frescura.

La condición franca de Volodia se exteriorizaba también completamente en su dolor: permanecía á veces pensativo, fija la mirada en un objeto cualquiera; otras veces, súbitamente se contraían sus labios, hacía el signo de la cruz y se inclinaba hasta el suelo.

Todos los extraños que asistían á los funerales me parecían gente insoportable; las frases de consuelo que decían á mi padre: «Que había pasado á una vida mejor», «que no era de este mundo...» me causaban una grande irritación.

Quién les había dado el derecho de hablar de ella y aún de llorarla? Algunos llegaron á hablar de nosotros, á llamarnos los «pobres huérfanos»—cómo si necesitásemos nosotros que nos dijeran que los niños sin madre son llamados *huérfanos!* Sin duda

hallaban gusto en ser los primeros que nos llamaran así, como se da también la gente gran prisa en llamar por la primera vez á una joven que acaba de casarse: *Señora*.

En un rincón de la estancia muy apartado, medio escondida tras la puerta abierta de un pequeño armario, estaba arrodillada una vieja mujer, de cabellos grises y muy encorvados los hombros. Con las manos juntas, tenía los ojos levantados al cielo y rogaba; pero tenía secos los ojos, aquella vieja mujer no lloraba. Elevaba su alma á Dios y le pedía que la reuniese con *aquella* á quien más

amaba que á todo lo del mundo, deseando en el fondo del alma que se cumpliese lo más pronto posible su ruego.

«Esta sí que la amaba sinceramente!» pensé, y me avergoncé de mí mismo.

La ceremonia tocaba á su fin. Fué descubierto el rostro de la difunta, y todos los presentes, menos nosotros, fueron acercándose en fila al cadáver y lo besaron.

Una de las últimas personas que avanzaron para dar el postrer adiós á la muerta fué una aldeana que llevaba en brazos á una niña de cuatro ó cinco años, á la que Dios únicamente sabe porque la había lleva-

do á un semejante sitio. En el momento en que avanzaba la buena mujer, se me cayó el pañuelo, me bajé para cogerlo, y no me había todavía levantado, cuando un grito terrible, agudísimo, espantoso, resonó en la silenciosa estancia... Aunque viva cien años, no olvidaré jamás aquel grito, y cuando lo recuerdo, un gran escalofrío de horror atraviesa todo mi cuerpo. Al levantar la cabeza, he aquí lo que vieron mis ojos: junto al féretro estaba aquella aldeana, teniendo encima de un taburete á la niña, á la cual podía con muy duras penas aguantar, pues ésta agitaba violentamente sus manitas, echaba atrás el rostro con gesto brusco lleno de un gran espanto, y dilatados los ojos, que tenía fijos en el rostro de la muerta, gritaba con una voz terrible, espantosa. Lleno de un horror inmenso, lancé á mi vez un terrible grito, más terrible aun, pienso yo, que los de la niña y salí corriendo de la estancia.



Solamente entonces comprendí de donde venía aquel fuerte olor que, mezclado con el del incienso, llenaba la cámara mortuoria, haciendo difícil la respiración; y al pensar que aquel rostro pocos días antes resplandeciente de ternura y de belleza, y que era lo que yo más había amado en el mundo, podía ser causa de un horror semejante, me hizo comprender, por la primera vez en mi vida, toda la amargura de la verdad y llenó mi alma de profunda desesperación.